

andro, siempre sin enterarse de
ó leyendo y declamando:

sa papa, la vil papa,
uede hacerse? No comerla!

dro, estás loco?—le gritó don
adado—. Déjate de versitos y

frenético lector no bajaba de
lirismo eglógico y sólo repuso:

o para Antioquia escribo,
español sino antioqueño!

o me contestas o no me con-
tó el señor Franco muy sulfu-

de las nubes don Alejandro y

es que estoy estudiando para

estudiando? ¿Estudiando qué?

iendo antioqueño, a ver si Car-
estino.

de Rodríguez Moya.—No es que
uez Moya haya puesto ya los
les de la ancianidad; pero quien
io, tan atiborrado de guarismos

y ecuaciones, arrojando la cartera ministerial a
los pies del señor presidente, para ocupar su
curul de congresista, no puede imaginárselo con
quince años, arrancándose por peteneras y hacién-
dole a la novia versos en que la llamara hurí,
hada, arcángel, y le aplicara otros sustantivos
femeninos sacados de las nebulosas poéticas.

Yo sí conocí a Rodríguez Moya cuando él
era estudiante, y a pesar de la diferencia de eda-
des—pues no recuerdo si yo le llevaba quince
años o viceversa (cruel enigma!)—nuestra amistad
era muy sincera y muchos de sus versos los te-
nía aprisionados en mi memoria:

Entre ojos de mujeres, la pupila
que amenaza llorar, más enamora:
si quieres amistad, sé alegre y ríe,
mas si quieres amor, sé triste y llora!

Yo que no doy mi corazón, lo vendo
por un puñado de dolor... Sé triste!

Y cito estos endecasílabos porque yo no sé
versos míos; cuando me veo obligado a recitar,
les arrimo el hombro a esos y con ellos me luzco.
Bien es verdad que nunca digo que sean ajenos,
pero tampoco digo que son míos.

Bueno, pues Rodríguez Moya, poeta sentido
y a veces tempestuoso, solía agarrar del pelo a
la musa de lo jocosos, para que ésta le inspirara